

Ahora, además del testamento del coronel, le detenía su mismo amor, el peligro que corría la mujer adorada. La espantosa situación de Mario, que duraba ya más de una hora, cambiaba de aspecto á cada instante. Mario pasó revista sucesivamente á las más punzantes conjeturas, buscando una esperanza, y no pudo encontrarla. El tumulto de sus ideas contrastaba con el silencio fúnebre de la madriguera. En medio de él se oyó el ruido de la puerta de la calle que se abría y que se cerraba.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

—Aquí está ya la ciudadana, exclamó Thenardier.

En efecto, en cuanto acabó de hablar se presentó su esposa en el desvan, amoratada, sofocada, jadeante, echando llamas por los ojos y gritando:

—Eran falsas las señas!

El bandido que entró con ella se dirigió al rincón á tomar la cuchilla.

—Eran falsas? repitió Thenardier.

—Sí. En la calle de Saint-Dominique, número 17, no vive ningun Urbano Fabre, y nadie nos ha sabido dar razón de él.

Sofocada la Thenardier, calló un instante, y luego continuó hablando furiosa:

—Ese viejo te la ha pegado; eres demasiado bueno; yo le hubiera abierto en canal para empezar, y si se hubiera hecho de pencas le hubiera cocido vivo, y así sabríamos dónde está su hija y dónde tienen el gato encerrado. Yo debía haber manejado este negocio. Bien dicen que los hombres son más bestias que las mujeres. No vive nadie en el número 17, que es una puerta cochera muy grande.

Mario respiró. La mujer que él amaba se había salvado.

Mientras estaba vociferando la mujer de Thenardier, éste se había sentado sobre la mesa; permaneció algunos minutos sin decir nada, moviendo la pierna derecha, que le colgaba, y contemplando la estufa. Por fin le dijo al prisionero, con inflexión de voz lenta y singularmente feroz:

—Darme señas falsas!... ¿Qué es, pues, lo que esperabas?

—Ganar tiempo, contestó el señor Blanco con voz tonante.

Al decir esto sacudió sus ataduras, que estaban cortadas, quedando solo sujeto á la cama por una pierna.

Antes de que los siete bandidos tuviesen tiempo para comprender la situación

y para arrojarse sobre el señor Blanco, éste se inclinó hácia la chimenea, extendió la mano hácia la estufa, luego se enderezó, y Thenardier, su mujer y sus compañeros, asombrados, retrocedieron hasta el fondo del desvan, al ver que el prisionero levantaba por encima de su cabeza el escoplo hecho áscua y despidiendo siniestra claridad en actitud formidable y casi libre.

En la sumaria que más tarde se sustanció acerca del crimen de la casucha Gorbeau consta que la policía, en uno de sus reconocimientos, encontró en el desvan una moneda de cobre cortada y trabajada de un modo particular; dicha moneda era una de las maravillas de la industria que la paciencia del presidiario engendra en las tinieblas y para las tinieblas, maravilla que sirve de instrumento de evasión. Estos productos deformes y delicados, de arte prodigioso, son en la bisutería lo que las metáforas en caló son en la poesía. El infeliz que aspira á la libertad, cuando no tiene instrumentos, algunas veces se vale de un cortaplumas ó de un cuchillo viejo para serrar una pieza de cobre en dos hojas delgadas, para ahuecarlas sin tocar el relieve monetario y para practicar una muesca ó rosca sobre el corte de la moneda, de modo que las dos hojas puedan volver á adherirse. Así es que las separan ó juntan como quieren, formando una caja. En dicha caja se oculta un muelle de reloj, y este muelle, sabiéndolo manejar, corta los grillos y las barras de hierro, que algunas veces les proporciona la libertad. Una moneda de esta clase encontró la policía en dicha madriguera, abierta en dos pedazos sobre la cama inmediata á la ventana; también encontró una sierrecilla de acero empavonado, que podía ocultarse en dicha moneda. Es probable que cuando los bandidos registraron al prisionero, éste llevase consigo dicha moneda, que ocultaría en las manos, y al tener una de ellas libre la abriera y le sirviese de sierra para cortar las cuerdas que le ligaban, y acaso produjo el insignificante ruido y los movimientos casi imperceptibles que Mario observó. Como no pudo bajarse, por temor de descubrirse, no cortó las ligaduras que le sujetaban la pierna.

En seguida los bandidos se repusieron de su sorpresa.

—No hay cuidado, dijo Panchaud á Thenardier. Está atado por una pierna

y no se irá; yo respondo, porque yo le até la pata.

El prisionero, con voz tremenda, los apostrofó de este modo:

—¡Sois unos miserables, pues mi vida no vale la pena de defenderse! Pero si habeis creído que me hareis hablar, que hareis que escriba lo que yo no quiera, y que diga lo que vosotros querais...!

Se levantó la manga del brazo izquierdo y añadió:

—Mirad!

Alargó el brazo y puso sobre la carne desnuda el escoplo ardiendo, que cogía con la mano derecha por el mango de madera.

Se oyó el chirrido de la carne quemada y se esparció por el desvan el olor propio de los cuartos del tormento.

Mario vaciló, sobrecogido de horror; hasta los bandidos se estremecieron: el rostro del enigmático anciano apenas se contrajo, y mientras el hierro enrojecido penetraba en la herida humeante, impasible y casi augusto, fijaba en Thenardier su límpida mirada, sin odio alguno, en la que desvanecía el dolor serena majestad.

En las naturalezas magnánimas y escogidas, la rebelión de la carne y la de los sentidos, cuando forcejean con el dolor físico, obligan á que salga el alma y la hacen aparecer en la frente, como las rebeliones de la soldadesca obligan á que aparezca el capitán.

—Miserables! ¡meteneis más miedo que os tengo yo á vosotros!

Arrancóse el escoplo de la herida, le lanzó por la ventana, que había quedado abierta, y el horrible y encendido instrumento desapareció girando en la oscuridad, cayendo lejos, y fué á apagarse entre la nieve.

Luego el prisionero añadió:

—Ahora haced de mí lo que querais.

Estaba ya desarmado.

—Sujetadle! gritó Thenardier.

Dos bandidos le echaron la mano á los hombros y el enmascarado de voz de ventrílocuo se le colocó enfrente, dispuesto á saltarle el cráneo al primer movimiento que hiciese.

Entonces Mario oyó á sus piés, en el extremo inferior del tabique, pero sin poder ver á los que hablaban, este diálogo, sostenido en voz baja:

—No hay que hacer ya más que una cosa.

—Abrirle en canal.

—Eso.

Así hablaban marido y mujer celebrando consejo.

Thenardier se dirigió con lentitud á la mesa, abrió el cajón y sacó el cuchillo.

Mario acariciaba la culata de la pistola, entregado á inexplicable perplejidad. Hacia rato que oía dos voces en su conciencia: una le decía que respetase el testamento de su padre y otra que socorriese al prisionero. Las dos voces luchaban sin tregua, haciéndole agonizar. Esperó vagamente hasta aquel momento encontrar un medio de conciliar los dos deberes, pero en vano. El peligro apremiaba ya, era imposible esperar más. Thenardier, cerca del prisionero, estaba pensativo y con el cuchillo en la mano. Mario, fuera de sí, paseaba la vista á su alrededor, último y maquinales recursos de la desesperación.

De repente se estremeció.

A sus piés, sobre la cómoda, un rayo claro de la luna iluminaba una hoja de papel, como enseñándosela. En dicho papel leyó la línea que escribió, con letras gruesas, la hija de Thenardier aquella mañana, y que decía:

—LOS CORCHETES ESTÁN AHÍ.

Una idea luminosa atravesó la imaginación de Mario; el medio que buscaba, la solución del horrible problema que causaba su tortura: librar al asesino y salvar á la víctima. Se arrodilló sobre la cómoda, alargó el brazo, cogió el papel, arrancó con suavidad un yeso del tabique, lo envolvió en el papel y arrojó ambas cosas por el agujero en medio de la madriguera.

Ya era tiempo. Thenardier había vencido sus últimos escrúpulos ó sus últimos temores y se dirigía hácia el prisionero.

—Han tirado algo, gritó la mujer del ex-posedero.

—¿Qué es eso? preguntó el marido.

La Thenardier recogió el yeso envuelto en el papel y se lo entregó á su esposo.

—Por dónde ha entrado esto? preguntó éste.

—Por dónde? Por la ventana.

—Yo le he visto pasar, añadió Panchaud.

Thenardier desenvolvió con rapidez el papel y se acercó á la luz para leerlo.

—Diablo! Es letra de Eponina.

Hizo una seña á su mujer, que se acercó; enteróla del contenido del aviso y luego exclamó:

—Pronto! Venga la escala! Dejemos el

tocino en la ratonera y larguémonos á escape.

—Sin cortar el cuello á este viejo? le preguntó la Thenardier.

—No nos queda tiempo.

—Por dónde salimos? preguntó Panchaud.

—Por la ventana, respondió Thenardier. Cuando Eponina tiró la piedra por la ventana, es señal de que la casa no está cercada por esta parte.

El enmascarado de voz de ventrilocuo dejó la llave en el suelo, levantó los dos brazos y abrió y cerró tres veces rápidamente las manos sin decir una palabra. Esta señal fué como la voz de zafarrancho para una tripulación. Los bandidos que sujetaban al prisionero le soltaron; instantáneamente desarrollaron la escala por la parte de fuera de la ventana, apoyándola sólidamente en el marco con los dos garfios de hierro.

El prisionero aparentaba no fijarse en lo que sucedía á su alrededor; soñaba ó rezaba.

Cuando estuvo fija la escala, gritó Thenardier:

—Ven, mujer.

Precipitose hácia la ventana. Al ir á poner la pierna fuera de ella para saltar á la escala, Panchaud le agarró bruscamente por el cuello y le dijo:

—Todavía no, viejo farsante; saldrás despues que salgamos nosotros.

—Despues que todos, aullaron los demás bandidos.

—Sois unos chiquillos, les contestó Thenardier, y estamos perdiendo tiempo. Los podencos nos están pisando los talones.

—Pues bien, dijo un bandido, echemos á la suerte quién pasará el primero.

Thenardier exclamó:

—Estais locos! estais borrachos! ¡Sois un atajo de majaderos! Si os parece, para perder el tiempo del todo, podemos echar chinias, podemos echar pajas. Podemos escribir nuestros nombres y echarlos dentro de una gorra...

—Os sirve mi sombrero? gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron; era Javert, que llevaba el sombrero en la mano y lo alargaba sonriendo.

Debiera empezarse por prender á las víctimas.

Javert habia apostado su gente al Panchaud y él mismo estaba emboscado detrás de los árboles de la calle de la Barrera de los Gobelinos, enfrente de la casucha Gorbeau, por la otra parte del boulevard. Empezó por ir á incautarse de las dos jóvenes que estaban encargadas de vigilar las inmediaciones de la madriguera, pero solo pudo enjaular á Azelma, porque Eponina no estaba en su puesto; habia desaparecido y no pudieron prenderla. Despues Javert se colocó en acecho, con el oído atento y esperando la señal convenida. Las idas y venidas del coche, que pasó varias veces por delante de él, le tenían inquieto y agitado sobremanera; estaba tan impaciente y tan seguro de encontrar allí un nido, por haber reconocido á los bandidos que iban entrando, que se decidió á subir á la madriguera sin esperar á oír el pistolotazo. Recuérdese que Mario entregó á Javert la llave de su cuarto.

Javert llegó á tiempo al desvan.

Asustados los bandidos, se apoderaron de las armas que habian abandonado en el momento de evadirse.

Instantáneamente los siete bandidos se agruparon en actitud de defensa, cada cual con el instrumento que halló á la mano. Thenardier cogió el cuchillo; su mujer se apoderó de un enorme pedrusco que estaba en el ángulo de la ventana y que servía de taburete á sus hijas.

Javert se puso el sombrero, dió dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, con el baston bajo el brazo y con el espadin dentro de la vaina.

—Alto ahí! dijo. No quiero que salgais por la ventana, sino por la puerta. Eso es más cómodo. Sois siete, pero nosotros somos quince. No nos agarremos como ganapanes y sed buenos chicos.

Panchaud sacó una pistola que llevaba escondida bajo la blusa y se la dió á Thenardier, diciéndole al oído:

—Es Javert y yo no me atrevo á disparar contra ese hombre. Te atreves tú?

—Ya lo creo!

—Pues bien; tirale.

Thenardier tomó la pistola y apuntó á Javert.

Este, que estaba á tres pasos de él, le miró fijamente y le dijo:

—No tires! El tiro te vá á fallar.

Thenardier apretó el gatillo y el tiro no salió.

—Ya te lo dije! repuso Javert.

Panchaud arrojó su cachiporra á los piés de Javert, diciéndole:

—Eres el rey de los diablos! Me entrego.

—Y vosotros? preguntó el inspector á los demás bandidos.

—Nosotros tambien.

—Bien; ya comprendía yo que seriais buenos chicos, dijo con calma Javert.

—Solo te pido una cosa, añadió Panchaud, y es que no se me niegue el tabaco mientras esté en chirona.

—Concedido, le contestó Javert.

Se volvió hácia la puerta y gritó llamando:

—Entrad ya!

Una escuadra de municipales y de agentes armados con cachiporras y garrotes se precipitó en la madriguera y ató á los bandidos, obedeciendo las órdenes de Javert. La multitud de hombres, que apenas alumbraba la vela moribunda, llenó de sombra aquel antro.

—Ponedles esposas á todos! gritó el inspector.

—Acercaos á mí! gritó una voz que no era de hombre, pero que nadie se atrevía á decir que era de mujer: era la Thenardier, que se habia atrincherado en uno de los ángulos de la ventana y que lanzaba aquel rugido.

Los municipales y los agentes retrocedieron.

La Thenardier se habia quitado el manton, pero no el sombrero; su marido, agachado, desaparecía casi bajo el pañuelo caído, y ella, además, lo tapaba con su voluminoso cuerpo y levantaba con ambas manos, por encima de la cabeza, el pedrusco con el balanceo de un gigante que vá á lanzar una roca.

—Allá vá! gritó.

Todos se agolparon hácia el corredor y quedó vacío un gran trecho en medio del desvan.

La mujer de Thenardier dirigió una mirada de indignacion á los bandidos que se habian dejado maniatar, y exclamó con acento gutural y ronco:

—Cobardes!

Javert se sonrió y se adelantó en el espacio vacío que la Thenardier abrazaba con sus miradas feroces.

—No te acerques! gritó; ¡vete ó te aplasto!

—Eres un buen granadero, le contestó Javert, y aunque tienes barbas como un hombre, yo tengo uñas como una mujer.

Dicho esto continuó avanzando.

La mujer, desmelenada y terrible, abrió

las piernas, se dobló hácia atrás, y con loca furia arrojó el pedrusco á la cabeza de Javert; éste se bajó, y la piedra enorme pasó por encima de él, dió en la pared de enfrente, arrancando un gran pedazo de yeso, y volvió, repercutiendo de ángulo en ángulo, á morir á los piés de Javert. Afortunadamente el desvan estaba casi vacío.

El inspector de policia se acercó entonces al matrimonio, y una de sus grandes manos cayó en el hombro de la mujer y la otra sobre la cabeza del marido.

—Traed las esposas! gritó.

Sus dependientes entraron en seguida y ejecutaron en el acto la orden de Javert.

Abatida aquella mujer fiera, vió agarradas sus muñecas y las de su marido, se dejó caer al suelo y exclamó llorando:

—Hijas mias!

—Están ya á la sombra, le contestó el inspector.

Entre tanto los agentes habian descubierto al borracho, que estaba dormido detrás de la puerta, y le sacudían de firme. Se despertó balbuceando:

—Hemos concluido, Jondrette?

—Sí, le respondió Javert.

Pasando revista con la mirada á los tres carboneros, como Federico II en la parada de Postdam, les dijo:

—Buenas noches, Panchaud; buenas noches, Brujon; buenas noches, Millonario.

Despues, volviéndose hácia los tres enmascarados, dijo al hombre de la cuchilla:

—Buenas noches, Traga-mar.

Y al hombre del garrote:

—Buenas noches, Babet.

Y al ventrilocuo:

—Buenas noches, Suena-dinero.

En aquel instante vió Javert al anciano que tenían prisionero los bandidos, que no habia dicho una palabra desde que entraron los agentes de policia y estaba con la cabeza inclinada.

—Desatad al señor, dijo Javert, y que nadie salga.

Dicho esto se sentó soberanamente junto á la mesa, en la que estaban aun la vela y el tintero, sacó del bolsillo papel sellado y comenzó á instruir la sumaria.

Luego que escribió las primeras líneas, que son las fórmulas de siempre, levantó la vista y dijo:

—Que se acerque el caballero que estos señores tenían atado.

Los agentes miraron á su alrededor.

—Y bien, preguntó Javert, dónde está? El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbano Fabre, el padre de Ursula ó de la Alondra, habia desaparecido.

Estaba custodiada la puerta, pero no la ventana. El anciano, al verse libre, mientras escribía Javert, aprovechándose de la confusion, del tumulto, de la oscuridad y de un instante en que no se fijaban en él, saltó por la ventana.

Cuando notaron su ausencia, un agente se acercó á la ventana y miró. No se veia nada fuera, pero la cuerda de la escala temblaba todavía.

—Diablo! exclamó Javert entre dientes; el que se ha escapado debia ser el mejor de todos.

XXII.

El niño que lloraba en la segunda parte.

Al día siguiente de verificarse los acontecimientos que acabamos de narrar en la casucha del boulevard del Hospital, un chico que venia por el lado del puente de Austerlitz subia por la travesía de la derecha en direccion á la puerta de Fontainebleau.

La noche estaba muy oscura. El chico era pálido, flaco; iba harapiento; se cubria con un pantalon de lienzo en el mes de Febrero y cantaba á grito pelado.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, una vieja encorvada, á la luz de un reverbero, rebuscaba en un monton de basura. Al pasar el chico la empujó, y luego retrocedió, exclamando:

—Calla! ¡pues no me habia parecido esta vieja un perro enorme!

Y se rió á carcajadas.

La vieja se enderezó furiosa, gritándole:

—Bribon! pillastre! ¡Si no hubiese estado encorvada hubieras visto dónde te hubiese aplicado la punta del pié!...

El chico se habia alejado, pero continuaba riendo.

—Chucho! chucho! decia. ¡Ya veo que me equivoqué!

La vieja, sofocada de indignacion, se levantó, y el resplandor de la linterna le dió de lleno en la cara, alumbrando su fisonomía angulosa y arrugada y con patas de gallo, que le bajaban casi hasta los ángulos de la boca. Su cuerpo se borbaba en la oscuridad y solo se le distinguía la cabeza. Parecia la máscara de la decrepitud recortada por la claridad en las tinieblas. El chico la miraba con mucha atencion.

—Señora, la dijo, no poseeis la clase de belleza que me gusta. Dicho esto prosiguió su camino, volviendo á cantar:

*Mambrú se fué á la guerra
montado en una perra,
Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá.*

Al llegar aquí de la cancion, dejó de cantar y se paró delante de la casucha números 50 y 52.

Como encontró la puerta cerrada, comenzó á descargar sendos golpes y taconazos resonantes sobre ella, con los zapatos de hombre que calzaban sus piés de niño.

Entre tanto, la vieja que encontró en la esquina de la calle del Petit-Banquier corria tras él, lanzando gritos y haciendo gestos extremados.

—Qué es eso? qué es eso? Gran Dios! Echan abajo la puerta! ¡Están derribando la casa!

Los golpes continuaban y la vieja seguia gritando:

—Así tratan las casas ahora!...

La vieja se paró y conoció al pilluelo.

—Cómo! Eres tú, Lucifer?

—Calla! es la vieja de antes! exclamó el muchacho. Buenas noches, tia Bougon. Vengo á ver á mis padres.

La vieja le respondió con una mueca del orden compuesto, que era una admirable improvisacion del odio, sacando partido de la caducidad y de la fealdad, y que por desgracia se perdió en las tinieblas:

—No hay nadie en la casa, tunante.

—Bah! la replicó el chico, ¿pues dónde está mi padre?

—En la cárcel de la Fuerza.

—Y mi madre?

—En la de San Lázaro.

—Y mis hermanas?

—En las Magdalenas.

El chico se rascó la oreja, miró á la tia Bougon y dijo:

—Ah!...

Luego giró sobre sus talones, y pocos momentos despues la vieja, que se habia quedado en el umbral de la puerta, le oyó cantar con voz clara y juvenil, al alejarse por entre los álamos negros, que hacia estremecer el viento fuerte y frio del invierno, su cancion favorita:

*Mambrú se fué á la guerra
montado en una perra;
Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá,
si vendrá por la Pascua
ó por la Trinidad.*

CUARTA PARTE.

El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle de San Dionisio.

LIBRO PRIMERO.

Algunas páginas de historia.

I.

Bien cortado.

Los años 1831 y 1832, que siguieron inmediatamente á la revolucion de Julio, constituyen uno de los monumentos más particulares y más notables de la historia. Dichos dos años aparecen como montañas entre los que les preceden y los que van detrás de ellos; son de grandeza revolucionaria y descubren precipicios. Las masas sociales, las filas de piedra del edificio de la civilizacion, el grupo sólido de los intereses superpuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen á cada instante al través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías: apariciones y desapariciones que se llaman resistencia y movimiento. Por intervalos se vé brillar entre ellas la verdad, que es la luz del alma humana.

Esta época notable está bastante circunscrita y ya bastante lejos de nosotros para que podamos apreciar bien sus principales líneas, y vamos á intentarlo.

La Restauracion fué una de esas fases intermedias, difíciles de definir, que es-

tán llenas de cansancio, de zumbido, de murmullos, de sueño y de tumulto, y que solo son la llegada de una gran nacion á una etapa, á un punto de descanso. Epocas singulares que engañan á los políticos que tratan de explotarlas. Al principio de ellas la nacion solo desea reposar; su única sed es la paz y su única ambicion ser pequeña: en una palabra, permanecer tranquila, porque conoció que los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras y los grandes hombres la hartaron hasta la saciedad, y en ciertas ocasiones cambiaria de buena gana á César por Prusias y á Napoleon por el rey de Ivetot. Cuando ha caminado desde el amanecer, andando larga y fatigosa jornada, haciendo la primera parada al llegar á Mirabeau, la segunda al llegar á Robespierre y la tercera al llegar á Napoleon, el viajero está derrengado y solo desea una cama para descansar.

Imploran y solicitan descanso la fidelidad cansada, el heroismo envejecido, las ambiciones satisfechas y las fortunas adquiridas; y al encontrarle se posesionan de la paz, de la tranquilidad, del ocio, y están contentos. Mientras tanto, surgen ciertos hechos, que se dan á conocer llamando á la puerta cada uno por su parte.

Estos hechos, que salen de la revolucion y de las guerras, existen, viven, tienen derecho á instalarse en la sociedad, y se instalan, y casi siempre los hechos son aposentadores y furrieles que preparan la habitacion para los principios.